

## RESEÑAS

BENVENUTO TERRACINI, *Lingua libera e libertà linguistica. Introduzione alla linguistica storica*. Einaudi, Torino, 1963; 223 pp.

El volumen contiene una serie de artículos publicados entre 1953 y 1957 en el *AGIt*, sobre problemas de historia lingüística desarrollados por el autor durante sus cursos de Turín, Tucumán y Milán, que ahora aparecen refundidos en forma más orgánica. En una primera parte expone Terracini los fundamentos teóricos que hacen posible afirmar la libertad del lenguaje y el modo con que ésta se objetiva en la lengua. Después de analizar la lengua en cuanto es considerada "cárcel" (tanto por el científico que necesita crear una nueva nomenclatura o por el poeta que desea expresar lo indefinido e inefable que encierra en sí mismo, como por el simple hablante que busca en la lengua un correlativo adecuado a su tensión sentimental), afirma que estas formas de esclavitud de la lengua se nos muestran a su vez como aspectos de su libertad. La libertad de la lengua es la que hace posible su desarrollo histórico. Las palabras de Terracini son muy claras: "No somos víctimas de la estructura lógica de nuestras lenguas, pues toda lengua encierra en sí misma los módulos para realizar esta o aquella revolución. En el lenguaje hay una elemental ductilidad; el sistema lingüístico está abierto a cualquier forma espiritual, y el hablante es un ser libre de escoger una u otra forma, al igual que el poeta". De este modo se postula la libertad del hablante.

En la concepción lingüística de Terracini son evidentes las huellas del idealismo vossleriano, que afirma la naturaleza individual del lenguaje y cuyo punto de arranque es el pensamiento humboldtiano, con su distinción entre actividad y producto. Vossler y Terracini consideran la lengua como acto creativo del individuo. El problema del acto de escoger que realiza el hablante en el momento de denominar las cosas se compara con los continuos pulidos que realiza el poeta en su obra para alcanzar la justa expresión. De ahí que sea en la expresión poética, en el acto de creación, donde podamos hallar la raíz de la libertad lingüística. Con su ya conocida sensibilidad crítica nos ofrece Terracini un ejemplo de Pirandello, en el que se muestra que aun manteniéndose el escritor dentro de los usos de la lengua se evade de ella para crear un estilo inconfundible, pero comprensible para el lector, sobre la base del valor evocativo que tiene todo signo en cuanto es conocido por el hablante y el interlocutor que viven en un determinado momento histórico. Con este postulado se inicia la segunda parte, en la que Terracini examina la lengua en cuanto diálogo, estu-

diando la posición del hablante y del interlocutor en su recíproca colaboración, la cual constituye el germen de donde surge la lengua como tradición de una determinada forma de cultura.

Para aclarar este punto Terracini explica el acto lingüístico en todas sus fases, y señala como elemento necesario y primario la presencia del sujeto que se dirige hacia su interlocutor, ya que el fin del lenguaje es la comunicación. A partir de estas consideraciones surge el problema fundamental: de qué modo la libertad de expresión individual se manifiesta, se refleja, se desenvuelve para ser entendida, es decir, para alcanzar su plena validez mediante el reconocimiento del ambiente al cual se dirige el hablante.

El hablante no está separado de la lengua, sino compenetrado con ella, ya que en ella busca la forma para expresarse, y manifestar su libertad de expresión individual mediante la creación y elección de medios expresivos, es decir, todo cuanto en el lenguaje es experiencia o acción del sujeto. Nuevamente Terracini sigue al idealismo vossleriano, puesto que esta constante renovación de medios expresivos es obra de actos lingüísticos individuales. Seguidamente el autor se enfrenta a otra pregunta: ¿Cómo se concreta esta libertad obedeciendo a una de sus finalidades esenciales: la de ser comprensible al hablante mismo y a sus semejantes? La lingüística histórica ha superado el problema de la individualidad respondiendo que el individuo debe considerarse como parte de la sociedad y no como algo diverso. El hablante, continúa Terracini, es un ser histórico, vive en un determinado ambiente histórico; por lo tanto, su libertad lingüística se realiza y se articula a través de su historicidad, que es reflejo de la historicidad propia de la lengua en la que el hablante se expresa. El individuo que se exprese según la necesidad histórica que en él se lleva a efecto, habla una lengua que entenderán todos aquellos que participan de la misma historicidad, y su creación lingüística será en sustancia revelación de algo que flotaba en el ambiente, que estaba ya en la conciencia de los demás. La aceptación de un nuevo signo implica de este modo adhesión a una forma particular de vida y cultura; señala el principio y el ocaso de una tradición lingüística. La aceptación de la innovación trae el proceso de su gramaticalización, es decir, su conversión en elemento de la comunidad (lo mismo ocurre con cualquier producto de la cultura). El nuevo uso se inserta en el sistema lingüístico. Así, pues, dice Terracini, el neologismo que expresaba algo distinto, excepcional, individual, pasa al sistema y se convierte en norma. A este respecto cita las palabras de Vossler: "Nihil est in grammatica quod non fuerit in stilo".

Necesariamente debía desembocar Terracini en el problema de la autenticidad o sinceridad de la nueva creación lingüística: habrá autenticidad donde haya perfecta adhesión del sujeto al ambiente histórico, e insinceras serán las formas de la lengua usadas sin haber sido asimiladas y que no respondan al propio ambiente cultural. (Después de estas consideraciones es natural que Terracini hable de negación del lenguaje en el hermetismo poético, ya que falta el elemento esencial, que es la comunicación, el diálogo). El autor pasa a destacar la anti-

nomía existente en el lenguaje entre el momento creativo, es decir, de distinción, y el momento de adaptación social. En la libertad lingüística se reflejará siempre la individualidad que responde al momento creativo y la historicidad del hablante que responde al segundo momento.

Otro punto importante del pensamiento de Terracini, también de clara huella idealista, es la negación de una historicidad genérica y la consiguiente afirmación de una historicidad individual. Para el historicismo italiano la historia de la lengua es fundamentalmente historia de la cultura. De ahí que Terracini haga la historia espiritual de la Toscana, de donde surge el italiano, tomando las figuras más sobresalientes de esa época en el campo de la lengua.

Y es precisamente en la tercera y última parte de la obra donde Terracini, a modo de ejemplo, aplica a la historia del italiano la línea sugerida en las dos partes precedentes. En este sentido, caracteriza al italiano como lengua libre por excelencia, apoyándose en las consideraciones de von Wartburg y de Spitzer, y en las de Leopardi, que había intuido en el italiano una gran libertad lingüística. Nos dice Terracini que el italiano es lengua rica en medios expresivos y de gran elasticidad, características debidas por una parte a la tradición dialectal de Italia (la poca coherencia de los usos de una región a otra), y por otra al individualismo de un pueblo dotado de fuertes tendencias artísticas. Como para el historicismo italiano las características de una lengua deben buscarse en un momento histórico decisivo para la constitución de esa lengua, es natural que Terracini relacione lenguaje y cultura siguiendo la línea del idealismo vossleriano; esta relación puede hacerse —dice Terracini— sobre la base de que la lengua es precisamente el aspecto formal de la cultura; en otras palabras, es cultura filtrada. Así, manejando textos literarios, el autor estudia la lengua italiana en el momento en que nace y en el momento en que se desarrolla en la Toscana una cultura superior, representada en su máxima figura.

El método de Terracini consiste en estudiar a los escritores más representativos de cada época, ya que las innovaciones surgen, según él, de los estratos culturalmente más altos. Entre estas figuras y el gusto y tradición de su época hay una participación dialéctica, que es la que hace posible el diálogo. El secreto consistirá en “individuar” la actitud que el escritor toma frente a la tradición. Existe la posibilidad de que encuentre en ella la universalidad que buscaba, o que, bajo el estímulo de la propia subjetividad y el ansia de formas nuevas que no rompan esa tradición —pues la lengua es tradición—, sino que la guíen y renueven, proponga nuevos motivos o dé existencia explícita a otros que vagaban latentes en la lengua de sus contemporáneos.

LUCIANA DE STEFANO